

VIII

ÚLTIMA ESPERANZA PERDIDA

Al llegar Edmundo al sitio donde habitaba Clementina, sintió aumentarse la opresora angustia que destrozaba su corazón, y tendió la vista en su derredor.

La obscuridad aumentaba y retumbaba el trueno, precursor de la tempestad.

Gálvez atravesó el gran patio, y empezó á subir lentamente las anchas escaleras de mármol; de súbito se detuvo en ademán reflexivo, permaneciendo inmóvil largo rato.

—No—dijo,—no: prefiero verla sin que ella sepa que estoy aquí; quiero apurar de una vez esta amarga copa. ¡Oh, padre mío, sostenme y dame aliento en esta última prueba!

Bajando entonces la escalera que acababa de subir, se dirigió á una puerta situada cerca de la portería.

El Argos de aquella casa dormía sin cuidado.

Aproximóse Edmundo y escuchó: oíase hablar dentro de la habitación, y se veía luz por la ce-

rradura; sin duda que el joven conoció las voces, porque de súbito se serenó su frente.

—¡Julia!—dijo á media voz.

La conversación cesó dentro de la habitación, y se siguió el silencio más profundo.

—Julia — repitió Gálvez, — ¿no me conoces? Abre.

—¡Ah! ¿es usted, señorito Edmundo?—preguntó una voz juvenil.

—¡Sí, Julia: yo soy! Abre, — repuso Edmundo.

La puerta giró sin ruido sobre sus goznes, y una linda joven apareció riendo.

—¡Usted aquí, señorito Edmundo, y á estas horas!—dijo.—¡Si supiera usted cuánto me alegro de verle!

—Silencio, Julia — contestó éste con tan imponente acento, que espiró la sonrisa en los labios de la joven.—Dame la llave del jardín,—prosiguió con más dulzura. Y mirando luego con desconfianza hacia el fondo del aposento, sus ojos se fijaron en los de Julia como interrogándola.

—Es Fanni—dijo ésta, comprendiendo el pensamiento de Edmundo:—mejor será que no le vea á usted; tome usted la llave y tenga cuidado, porque Azor está en el jardín.

—¿Dónde se hallan la Marquesa y su hija?—preguntó Edmundo con alterada voz.

—En el salón del piso bajo —contestó la joven:—ya esperamos hace tiempo, Fanni y yo, que nos

llamen para desnudarlas. No sé decir lo que pasa en esta casa —prosiguió Julia;—pero lo cierto es que don Fernando de Osorio no se separa de las señoras: ahora mismo se hallan juntos.

Gálvez no contestó, y atravesando de nuevo el patio, se dirigió á la puerta del jardín; la abrió, cerrándola después detrás de sí, y empezó á andar con segura planta, á pesar de la lobreguez de la noche.

Pronto distinguió el resplandor de las luces que iluminaban el salón, cuyas ventanas abiertas, no obstante lo avanzado de la hora, permitían ver lo que pasaba en su interior.

Edmundo volvió á detenerse, llevando la mano al pecho para contener los latidos de su corazón, y haciendo después un violento esfuerzo, pudo llegar al frente de las ventanas y se ocultó detrás de un árbol.

Los ávidos ojos del desdichado penetraron en aquel aposento, donde había sido tan feliz bajo la égida protectora del venerable anciano que ya no existía.

Sentada la Marquesa, y envuelta en una bata de terciopelo negro, que hacía resaltar su extremada palidez, tenía entre las suyas una mano de su hija; su magnífica cabellera de color dorado, negligentemente recogida, contrastaba con el negro de azabache de sus cejas y pestañas.

Arrodillada Clementina á los pies de su madre, apoyaba su cabeza en uno de los brazos del sillón:

no podía verse su rostro; pero el movimiento convulsivo de sus hombros hacía conocer que lloraba.

El largo traje de luto que vestía la joven, extendíase como una alfombra sobre el pavimento, formando sus anchos pliegues un extenso círculo en derredor suyo.

Don Fernando Osorio, de pie y silencioso, contemplaba aquel grupo.

En el salón reinaba un profundo silencio, interrumpido sólo por los sollozos de Clementina.

Absorto el capitán en una muda y tristísima contemplación, no separaba sus ojos de aquellos objetos tan queridos para él.

Dejóse oír un ruido sordo entre los árboles del jardín, sin que se apercibiese de él el joven, pues continuaba en su actitud sombría y con la vista fija en Clementina, que, sin variar tampoco de postura, seguía sollozando.

El ruido se repitió más cerca: era Azor que venía corriendo hacia el sitio que ocupaba Edmundo.

Al llegar cerca de éste, gruñó sordamente; pero el noble animal, avisado en seguida por su fino instinto, y reconociendo al que había causado su recelo, lamio cariñoso sus manos, dándole así, y con los continuos y alegres movimientos de la cola, un testimonio de su recuerdo.

Una lágrima humedeció los abrasados ojos del infeliz Edmundo.

—¡Ah! ¡mi noble Azor!—exclamó:—¡con cuánta razón es designada tu raza como el emblema de la lealtad! Tú me conservas cariño, mientras que ella...

La voz de la Marquesa le interrumpió en sus amargas reflexiones, y fijó su atención con ansiedad.

—Ese llanto, hija mía—decía,—es ya una ofensa para nuestro amigo y para mí: si mis razones no tienen bastante fuerza para convencerte; si los consejos de mi amor son ineficaces para decidirte, yo te lo ruego por la memoria de tu padre, que te lo demanda también desde su tumba. Muévate esta sagrada invocación, y no amargues los días que restan de vida á tu desdichada madre.

Clementina levantó entonces la cabeza y se puso de pie. Edmundo llevó una mano á la garganta para sofocar un sollozo más fuerte que su voluntad.

El dolor había impreso su terrible huella en el semblante de la infortunada joven: estaba pálida y enflaquecida; eran ya blancos los labios que en otro tiempo ostentaban carmín tan vivo, y circuía sus grandes ojos una aureola amoratada.

Sentóse junto á su madre, enjugó el llanto que bañaba sus mejillas, y llevó la mano á la frente como para desterrar un pensamiento que la mortificaba.

—Escuchad, madre mía—dijo con alterada

voz,—y usted también óigame, señor. Voy á complacerles... mas esta obediencia exige el sacrificio de mi vida: moriré, pues, sin que una queja salga de mis labios. No me pregunten ustedes el motivo que me dicta esta resolución—prosiguió, animándose gradualmente;—yo lo diré sin esfuerzo, dando así una prueba de ingenuidad.

Cuando perdí la esperanza de ver á Edmundo —continuó Clementina con voz cada vez más ahogada,—pedí á Dios, con todas las veras de mi alma, que me reuniese pronto con mi padre, y creo me será concedida esa gracia.

—¿Y pudiste concebir el pensamiento de que yo consintiera nunca en unirme con un hombre sin posición, sin nombre y sin fortuna? Oye, hija mía—prosiguió la Marquesa dominándose:—yo me casé con un hombre que me doblaba la edad, y, no obstante, me hizo muy feliz. ¿Por qué tú, pues?...

—Basta, señora—interrumpió Clementina:—usted no había conocido á un Edmundo; usted dejó las sombrías y tristes paredes del claustro para ir á vivir á la casa de su esposo; usted tenía catorce años, y yo tengo veinte: la diferencia que existe entre usted y yo es, pues, inmensa, y por lo mismo no hay término de comparación posible.

—¡Perdón, perdón para ella!—exclamó Osorio, juntando las manos con ademán suplicante, al

ver la descomposición del semblante de la Marquesa.—Perdón, señora: el dolor la extravía.

—¡El dolor!...—repitió la irritada madre.—¿Hay alguno tan fuerte, tan intenso, que haga á una hija faltar al respeto que debe á su madre? ¿Hay algún pesar que autorice el olvido del sentimiento más noble, que es la gratitud? ¡Hija desnaturalizada y cruel!... ¡Yo te mal...!

Un alarido del anciano detuvo en los labios de la Marquesa la terrible maldición que iba á pronunciar.

—No me maldiga usted aún, madre mía—dijo Clementina con dolorosa sonrisa:—cuando yo muera, la inquietará ese remordimiento. Cuando usted guste—prosiguió volviéndose á Osorio,—seré su esposa.

—¡Adiós para siempre, Clementina!—gritó Edmundo, saltando al salón por la ventana, seguido de Azor.—¡Adiós!—repitió, abrazando frenético las rodillas de la joven, ahogado por el llanto, y como si sus labios no pudiesen proferir otra palabra.

La Marquesa, al oír el sonido de aquella voz aborrecida, había alzado la abatida cabeza; levantóse y fué á tirar del cordón de la campanilla sin pronunciar una palabra.

Un criado se presentó en el umbral.

—Llama á Juan y á Marcos,—dijo la Marquesa con alterada voz, presentándose los tres apenas había espirado la palabra en sus labios.

—Echad de aquí á ese hombre—continuó la señora de Olmedo, señalando á Edmundo que permanecía arrodillado á los pies de Clementina.

Este nada oyó: postrado ante la joven, seguía sollozando.

—¿No entendéis?—gritó furiosa la Marquesa: —os mando que pongáis á ese hombre en la calle.

—¡Oh, señora: por Dios, por la amistad, por vos misma! Piedad, indulgencia para los dos,—exclamó don Fernando.

Los criados habían levantado á Edmundo. Loco, furioso éste, arrojó lejos de sí la ancha capa y tiró de la espada: asustados los domésticos, retrocedieron; mas el joven, indignado, les dirigió los apóstrofes más duros.

—Retírate, vil canalla—exclamó,—si no quieres encontrar en mi venganza el premio que merece tu estúpida obediencia. Conoce la inmensa distancia que separa á los criados de la Marquesa de Olmedo de don Edmundo de Gálvez, y respétala.

Envainando después la espada, y volviéndose á Clementina, que pálida é inmóvil clavaba en él sus ojos extraviados.

—Te perdono, desventurada—dijo, vencido otra vez por la emoción é interrumpiendo sus palabras con amargos sollozos;—sí: no sólo te perdono, sino que rogaré al cielo por tu bien.

La infeliz joven permaneció muda y absorta, y Edmundo se lanzó á la calle.

—Por lo que le sea á usted más sagrado, señora, apiádesese del estado de su hija,—dijo don Fernando al ver á Clementina que doblaba la cabeza sobre el pecho, cerrando los ojos.

—Silencio, Osorio,—interrumpió la Marquesa con voz segura ya:—dentro de tres días será mi hija su esposa de usted. Para vencer sus escrúpulos y cualquier otro obstáculo que pudiera sugerir á usted su delicadeza, acuérdesese de que nos salva á las dos de la indigencia que nos amenaza, y piense también que sólo á precio de esta unión detengo la maldición que estoy próxima á lanzar sobre su cabeza.

Y volviendo la espalda sin mirar á su hija, que yacía inanimada, salió del salón cuando el reloj de la chimenea señalaba las dos de la madrugada.

IX

UNA MÁRTIR

El enlace de Clementina se efectuó tres días después de esta dolorosa escena, saliendo la noche del último de Madrid los esposos, acompañados de la Marquesa.

Don Fernando de Osorio había tenido la delicada galantería de comprar la quinta de Valencia, donde había nacido su esposa, y la llevaba allí, confiando en que los dulces y serenos recuerdos de la infancia disiparían su dolorosa melancolía.

Al unirse á Clementina, cediendo á la generosidad de su corazón, se impuso un amargo sacrificio. Amábala, es cierto, y suyo fué el primer pensamiento de este enlace; mas desistió de una idea tan grata para él, cuando se convenció del ardiente amor que la joven alimentaba por Edmundo.

Pidiendo á la Marquesa la mano de su hija, cedió más bien á la caballerosidad de sus impulsos que á la fuerza de la pasión. La muerte del Consejero las había constituido en un estado precario: toda su fortuna era el sueldo del anciano, y fal-

tando éste, la Marquesa se vió reducida á la corta pensión que le pasaba el hijo de su esposo.

Lastimado el noble corazón de don Fernando con la pena de Clementina, se esforzó en vano por convencer á la Marquesa para que consintiese en la unión de su hija con Edmundo; mas su dolor llegó al último extremo cuando se aseguró de que no era posible vencer la obstinación de la irritada madre, y de que no había remedio en lo humano que evitase la amarga suerte de la pobre joven.

Clementina hubiera podido unirse á Edmundo huyendo con él; pero este pensamiento criminal no encontró abrigo, ni por un instante, en su puro corazón, porque para aquella noble criatura era más fácil morir que traspasar los límites del deber.

Bien persuadido Osorio de que jamás podría vencer la insistencia de la Marquesa, se decidió á unirse á la señorita de Olmedo con dos intentos. El primero, el de atenuar su aflicción y llorar con ella. El segundo, el de salvarla con su madre de la estrechez y privaciones que las amenazaban.

La salud de la joven se alteraba más cada día, sin que el cariño y cuidados de su madre, que acrecieron desde que se vió obedecida, consiguiesen restablecerla.

Todo cuanto el amor materno y conyugal tiene de más sublime y tierno, era empleado con vivísimo interés para aliviar su continuo padecer,

mas sin éxito, porque las lesiones del corazón no tienen cura.

Ni una queja salía de los labios de Clementina; pero en su frente pálida se leía claro un dolor profundo combatido por un valor resignado.

Sentía cierto bienestar melancólico al recorrer aquella hermosa quinta que la vió nacer, y en la que se ensayaron los primeros juegos de su infancia. Allí veía el gabinete de su buen padre; más lejos, la galería donde corría con Azor; en el piso bajo, el salón donde jugaba al volante con su joven madre, y en todas partes, recuerdos dulces de un tiempo feliz.

Tres meses después de su casamiento, recibió una carta de Edmundo, y con ella el bálsamo del consuelo. Estaba fechada en Cádiz, y le decía que había salido de Madrid un día antes que ella para ir á llorar sobre la tumba de su padre; le deseaba felicidad, y le rogaba que rompiese su escrito, porque, de no hacerlo, podría comprometerla y turbar su paz doméstica.

Clementina guardó como un tesoro esta carta querida sin contestarla, y lo mismo hizo con otra que recibió poco tiempo después.

Diez meses habían pasado desde su casamiento, cuando la señora de Osorio dió á luz una niña. Este acontecimiento amortiguó algún tanto su pena, y su madre y su esposo concibieron esperanzas, que desgraciadamente fenecieron al nacer.

Apenas cumplió un mes la pequeña Rosa, que así se llamaba la hija de Clementina, cayó ésta en un estado alarmante de abatimiento y postración. La infortunada, no pudiendo resistir el fuego de su vehemente pasión, y agotado el sufrimiento en la larga y penosa lucha sostenida con tanto valor, cedía al fin el campo á la desgracia. Levantábase, no obstante, é iba á sentarse cerca de una ventana que daba á la risueña campiña, y allí, fijos los ojos en el hermoso y despejado cielo, evocaba la memoria de Edmundo.

La Marquesa comprendió el estado desesperado de su hija, y la inquietud y la ansiedad del remordimiento, de ese justo castigo con que la conciencia venga los ultrajes hechos á las leyes de la naturaleza, se apoderaron de su alma.

Al abrir un día la correspondencia de su hija, encontró una carta de Edmundo: palideció la señora de Olmedo al reconocer la letra, y rompió el sobre con inquieta impaciencia. En ella avisaba el joven á Clementina su llegada á la corte.

El dolor y la desesperación se apoderaron del corazón de la desdichada madre: entonces dió por cierto que la correspondencia con Edmundo había sido seguida desde que se separaron, y que su pasión, ávida sin cesar y exasperada por las cartas de éste, la había conducido al estado de agonía en que se encontraba.

Una mañana en que el sol aparecía radiante y puro, y el cielo más azul, se hizo vestir muy tem-

prano la señora de Osorio, y mandó abrir las ventanas.

Era un hermoso día de Septiembre, y los perfumes del jardín embalsamaban la estancia.

La joven se acercó á una ventana, apoyada en el brazo de su doncella, y aspiró con delicia el aire purificado y balsámico.

—Julia—dijo dulcemente,—condúceme hasta mi sillón y tráeme lo necesario para escribir.

—¿Cómo se encuentra usted hoy, señora?—preguntó Julia con afectuoso interés, sentando á Clementina suavemente en un ancho sillón.

—Bastante bien, Julia—contestó la enferma con su dulce sonrisa.—¿Y mi hija?—añadió, viendo volver á la camarera con los objetos que le había mandado traer.

—Rosita duerme aún, señora—contestó Julia,—y Magdalena, que salía ahora de su cuarto, me ha contado que había pasado la noche muy bien, como de costumbre.

—Tráemela en cuanto despierte,—dijo Clementina, preparándose para escribir.

—Está bien, señora,—contestó Julia retirándose discretamente hasta la ventana.

La palidez de Clementina era aquel día mucho mayor que de ordinario: rodeaba sus grandes ojos un círculo azulado, y su mano trémula apenas podía sostener la pluma.

Un momento permaneció indecisa: era la lucha postrera, el último esfuerzo de su alma.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró, elevando al cielo sus ojos con tristísima expresión.—¡Oh, Dios de piedad...! perdonadme si lo que voy á hacer es una falta... tened en cuenta mi largo y doloroso martirio, y merezca yo vuestra indulgencia en gracia de tan amargo padecer.

Inmediatamente púsose á escribir con febril agitación, y bien pronto el llanto corrió de sus ojos.

Haciendo, por fin, un último y poderoso esfuerzo, pudo concluir su carta.

«Voy á morir, Edmundo—decía en ella,—y antes de dejar el mundo quiero darte el último adiós. Próxima como estoy á comparecer ante el Supremo Juez, te aseguro sin remordimiento que te he amado siempre y que tu imagen querida no se ha separado de mi corazón un solo instante. Muero víctima de una pasión que no he podido vencer, á pesar de haber hecho inauditos esfuerzos para conseguirlo.

»¡Oh, Edmundo mío! muero amándote con el mismo entusiasmo, con el mismo fuego con que te amaba en los días felices que vivíamos al lado de mi abuelo; lo mismo que te amaba el día cruel en que, sin piedad, nos separaron para siempre.

»Mucho he sufrido; mas creo que Dios se apiada de mí, y que me abre el cielo donde me espera mi padre: la religión y la reflexión de lo que el deber me demandaba me han defendido; pero en

la ardua lucha que han sostenido mi corazón y mi conciencia, se han agotado mis fuerzas.

»He recibido tus dos cartas, que he dejado sin contestar, porque conocía que, haciéndolo, ofendía el nombre que llevo, y mi deseo ha sido que me acompañe á la tumba el consuelo de haberlo respetado.

»Dejo una hija, Edmundo, y te ruego, en nombre del ardiente amor que ha identificado nuestra existencia, que seas su protector y amigo si, como creo, llega el día en que se encuentre sola en medio de este agitado torbellino que yo dejo sin pena. Sé el amigo de mi Rosa; ámala, Edmundo, y no permitas jamás que le quiten la vida como á su desdichada madre.

»Perdona á la que me dió el sér: su extremado cariño la cegó; mas la venda caerá de sus ojos aunque para mí sea tarde. Créeme, Edmundo: ella daría hoy su vida por conservar la mía y hacerla feliz.

»Adiós, mi noble y generoso Edmundo; ven, yo te lo ruego, alguna vez á verter una lágrima sobre mi tumba. No te entregues al dolor; el cielo, que he ganado á costa de una larga y penosa agonía, es mi destino: en él me espera mi padre... él me llama lleno de ternura... Adiós, pues, Edmundo; voy á encontrarle y á rogar por tí...

Clementina.»

Esta carta, dirigida á Cádiz, fué remitda á Madrid desde aquella ciudad. La señora de Osorio ignoraba el regreso de Edmundo á la corte, porque su madre le había ocultado la carta en que éste se lo participaba.

X

LA MUERTE

Seis días después se hallaban en el aposento de la enferma la Marquesa y Osorio. La pequeña y linda Rosa sonreía alegremente en los brazos de Magdalena.

Eran las seis de la tarde. La señora de Osorio, sentada en un sillón, estaba envuelta en una bata blanca. Tenía la cabeza caída hacia atrás, y su magnífica cabellera de dorados reflejos, dividida en trenzas, bajaba casi hasta tocar el pavimento.

Ya había recibido los auxilios espirituales, que ella misma pidió con instancia; su alma se separaba del cuerpo sin violencia, y la muerte iba invadiendo á éste, debilitado por el largo padecer.

Aún estaba, sin embargo, muy hermosa Clementina: sus rasgados ojos, cerrados y guarnecidos de larguísimas pestañas, prestaban á su semblante una sublime expresión. Tenía entreabierta la pequeña boca, que dejaba ver una doble fila de nacarado esmalte, y cruzadas las hermosas y torneadas manos sobre las rodillas; mas su belleza inspiraba un sentimiento de profunda melancolía.

pues ofrecía la imagen fiel del ángel de los sepulcros.

Contemplábala su madre con desesperación, clavando en ella una sombría mirada, y su esposo, sentado junto á ella, estaba sumido en un intenso dolor.

—¿Quieres acostarte, hija mía?—preguntó la Marquesa á la enferma, tomando entre las suyas una de las manos de Clementina.

La joven movió ligeramente la cabeza.

—Haga usted... abrir... esas ventanas... madre mía... se lo suplico...—dijo después con débil y cortada voz y entreabriendo los ojos.

La Marquesa se levantó y fué ella misma á hacer lo que su hija deseaba.

—¡Ah!—murmuró la enferma.—¡Qué... bien... estoy así!... ¡Qué tarde tan... hermosa!... Hoy hace... dos años...—prosiguió con voz tan apagada, que sólo una madre pudiera comprender.—Hoy... hace dos años... que ví... á Edmundo... por la primera vez... era una... tarde tan hermosa como ésta.

Durante algunos instantes, sólo se oyeron los sollozos de la Marquesa y el congojoso estertor del pecho de la moribunda.

Reanimóse de pronto el semblante de Clementina, é incorporándose con dificultad,

—Quiero ver... á mi hija...—dijo.

Magdalena trajo la niña, que tomó la Marquesa y la acercó á Clementina.

—¡Adiós... hija mía...! ¡madre... querida... adiós!—exclamó la joven, confundiendo en un mismo abrazo á la Marquesa y á la niña.—Y tú... amigo mío...—prosiguió tendiendo sus dos manos al anciano, que se precipitó llorando á sus pies;—recibe mi última... despedida... Permite... que te dé... gracias por todo... lo que has hecho... por mí... y perdóname lo que te hice... sufrir... ¡Adiós!...—repitió echando sus brazos al cuello del anciano.—¡Adiós, tierno amigo mío! ¡Madre...! ¡Hija mía...! ¡Adi...ósl

Después extendió las manos, y sus labios murmuraron el nombre adorado de Edmundo.

—¡Hija mía...! ¡hija mía! ¡no quiero que mueras...! No, no,—gritó la Marquesa con desgarrador acento, precipitándose de rodillas á los pies del sillón, y retorciendo sus manos con horrible y convulsivo dolor.

—¡Clementina... hija mía...! ¡Oyeme, óyeme, y dí al menos que me perdonas antes de alejarte de mí!—continuó la desventurada madre en el vértigo del dolor.—¿No me oyes...? ¿No me escuchas, hija mía? ¿Desconoces á tu madre? ¡Clementina, Clementina, respóndeme, por piedad, por Dios!

Levantóse desesperada, y fué á estrechar en su seno á la desgraciada mártir; pero al mirarla cayó desvanecida, lanzando un alarido desgarrador. Buscaba á su hija y había encontrado un cadáver.

En aquel momento se oyó el ruido de una silla de posta que entraba en el patio de la quinta, y poco después un hombre pálido, enflaquecido y cubierto de polvo, se precipitó en el sitio de tan funesta escena.

Era Edmundo de Gálvez.

—¿Dónde está Clementina?—preguntó azorado; y viéndola entonces, se aproximó rápidamente al sillón, engañado por la postura que guardaba el cadáver helado de la señora de Osorio.

Clementina dormía el sueño de la muerte en la actitud de un ángel acostado á los pies del trono del Señor.

Sin hacer Edmundo caso de la Marquesa, desmayada á sus pies, ni del esposo, que lloraba sin consuelo, tomó en una de sus abrasadas manos las yertas de Clementina, y no pudiendo persuadirse de la horrible verdad, puso la otra en el corazón de la joven. ¡Ay, aquel corazón que fué todo suyo, no palpitaba ya!

—¡Muertal...—gritó, clavando sus ojos secos y desencajados en el cadáver.—¡Muertal—repitió con temblorosa voz.

Lanzando después una lúgubre carcajada, tomó á la joven entre sus brazos, precipitándose hacia la puerta. Mas Osorio, que le observaba, se levantó lentamente y la cerró.

—Deténgase, joven—dijo con solemne acento, —y escúcheme: si es cierto que amó usted á ese ángel que ambos lloramos, no empañe la honra

que ella ha conservado pura á costa de su vida, con una acción imprudente. ¡Llore usted—prosiguió el noble y generoso anciano;—llore usted si puede, Gálvez! Las lágrimas alivian el corazón que destroza un intenso dolor.

Y tomando el cadáver de los brazos de Edmundo, sin que éste opusiese ninguna resistencia, le colocó piadosamente en el sillón que había sido su lecho de muerte.

—Váyase usted ahora, Edmundo—dijo después,—y déjeme cumplir los sagrados deberes que sólo á mí me tocan. ¡Víctimas de la fatalidad!—continuó Osorio, contemplando con amargura el yerto cuerpo de su esposa y al desdichado joven.—¡Os amásteis con pasión y la mano dura de la desgracia os persiguió sin descansol ¡Ay! ¡por qué no aceptó Dios el sacrificio de mi vida y os hizo felices á vosotros!

Nada respondió Edmundo: imprimió sus labios en la frente helada de Clementina, y huyó de aquel sitio con la razón perdida y llevando la muerte en el alma.

XI

LA INFANCIA DE ROSA

Algunos días después de la muerte de Clementina, abandonó la Marquesa de Olmedo la quinta. La vista de aquellos lugares era un torcedor constante, un recuerdo vivo que aterraba á la desventurada madre, y quiso huir para siempre de ellos.

Dirigióse á Burgos: deseaba la soledad, y creía que en ninguna otra parte podía conseguirla tanto como en aquella ciudad, donde no era conocida de nadie.

Alquiló una habitación aislada y se encerró en ella, sola con su dolor.

Osorio buscó en vano un calmante á su pena en el amor que tenía á su hija: la herida era de esas que no se cierran jamás. Solo en el mundo y entregado al recuerdo de Clementina, cayó en una profunda melancolía.

La linda Rosa crecía, amada tiernamente por la fiel Magdalena, y su rostro infantil era una copia exacta del semblante de su madre; pero esta misma semejanza era un torcedor perenne para el corazón del anciano, á quien afligía sin cesar la

mortificante idea de haber contribuido, aunque sin voluntad, á la muerte desgraciada y prematura de su esposa.

Cuatro años hacía que Rosa había perdido á su madre, cuando don Fernando de Osorio, sin fuerzas ya para luchar con su pena, cayó enfermo. Vió llegar su hora postrera con resignado valor, y aprovechando instantes escribió á la Marquesa. Decíale que su muerte dejaba en la orfandad á su inocente Rosa, y le pedía para la pobre niña el amparo y protección que reclamaba su tierna edad, anunciándole que en cuanto él espirase, irían á reunirse con ella, su hija y Magdalena.

No esperaba don Fernando contestación de la Marquesa: desde su salida de la quinta no había escrito ni una sola vez. La desdichada madre había perdido la razón por la fuerza del dolor, y sus ojos, velados por densas tinieblas, hacía mucho tiempo que estaban cerrados á la luz.

Al escribirle, pues, cedía Osorio al deseo de recomendar su hija á alguna autoridad: el desgraciado anciano conocía, no obstante, que aquella sombra era ineficaz para protegerla, y llamó á Magdalena para que se encargase de su Rosa con toda la eficacia é interés de su amor, haciéndola jurar que no se separaría jamás de ella. La buena mujer prometió solemnemente cuidarla con la ternura de una madre, y velar siempre por su niña con solícito interés.

Don Fernando hizo testamento, dejando á su

hija única heredera de una inmensa fortuna, y asegurando la suerte de Magdalena; nombró un tutor de probidad conocida á su pequeña Rosa, y exhaló el último aliento con la serenidad del justo.

Tres días después de la muerte de su padre, salió Rosa para Burgos con Magdalena, que no hacía más que llorar y llenar de besos á la pobre huérfana.

Al llegar á la casa materna, sólo encontró la inocente niña á una mujer loca y ciega: ni una caricia recibió; únicamente oía la voz de la Marquesa cuando repetía con acento ronco:—¡Hija mía! ¡hija mía...! ¡no me dejes... no te separes de mí...! ¡Clementina... no te vayas...! ¡no me dejes sola!

Durante trece años, la vida de Rosa se deslizó triste y monotonamente. En todo este tiempo apenas tuvo la Marquesa un intervalo lúcido, y la pobre niña creció en aquella habitación, sombría como un sepulcro, sin conocer más cariño que el de su fiel Magdalena y el del leal Azor, que amaba á la hija tanto como había querido á la madre.

Una tarde que, como de costumbre, trabajaba junto á la ventana del aposento de su madre, levantó maquinalmente la cabeza para mirar á la calle: nunca se veía á nadie por la de San Esteban, y la joven se sorprendió no poco al ver á un hombre parado enfrente de ella que la miraba con atención.

Ruborizóse la doncella por ese instinto de pudor, innato en todas las jóvenes, puesto que su inocencia no le permitía comprender lo que significaba aquella mirada.

El curioso seguía contemplándola con fijeza. Era un capitán de infantería, y Rosa no había visto jamás á un hombre parecido á aquél.

Anochece, y Magdalena entró con una luz, dirigiéndose á cerrar la ventana, sin reparar en el gallardo caballero que seguía mirando la casita.

Desde aquel día, todas las tardes volvía el capitán á ocupar el mismo sitio, y al ver á Rosa se disipaba la nube de tristeza que obscurecía su frente. Aventuróse, por fin, á saludarla con un leve movimiento de cabeza, y la joven le contestó con dulce sonrisa.

El capitán era Edmundo de Gálvez, cuyo regimiento había ido de guarnición á Burgos, y que, pasando casualmente por la casa de Rosa, creyó, al verla, que Clementina había salido de su tumba.

La gracia seductora de la joven, su hermosura, y sobre todo su extraordinaria semejanza con aquella Clementina tan amada, despertaron en el corazón de Edmundo un sentimiento que el tiempo había amortiguado.

Una tarde, á la hora en que no hay más luz que un débil crepúsculo, ofreció á Rosa un ramo de violetas, que la joven aceptó con cándida alegría: como todas las organizaciones nerviosas y

apasionadas, amaba las flores con extremo. Edmundo había colocado entre el ramo un billete, que cayó á los pies de Rosa al desatarlo.

Nada hablaba de amor. Gálvez sabía que esas improvisadas é insípidas declaraciones, lejos de interesar, retraen la voluntad é intimidan el corazón de una inexperta joven.

Rosa contestó con la seguridad que le inspiraba el estilo sencillo en que estaba concebido el billete.

Desde aquel día, la correspondencia no fué interrumpida. Mas esta inteligencia produjo en el pecho de la joven una inquietud que ella misma no acertaba á explicarse. Amaba sin saberlo, y la pasión más fuerte había invadido su alma; anhelaba confiar á alguno lo que le pasaba en su interior. Pero ¿á quién hacerlo? ¿en quién depositar su confianza? ¡Ay! No tenía madre, porque la anciana á quien daba este dulce nombre estaba privada de razón y no podía comprenderla; y en cuanto á Magdalena, un sentimiento instintivo de delicadeza le aconsejaba que no lo hiciese.

Reconcentró, pues, en lo íntimo de su alma el amor que le inspirara el gallardo capitán, á quien hablaba todas las noches á las doce.

La afable sencillez de la joven, la pureza de sus ideas, la bondad de su corazón, la dulzura de su carácter y su exacta semejanza con Clementina, hicieron reaparecer en el corazón de Edmundo una pasión que creía extinguida para siempre hasta entonces.

Había rogado á Rosa muchas veces que confiase á su abuela el mutuo cariño que se profesaban, ó que le autorizase para hacerlo él mismo, porque su único deseo era el obtener su mano; pero la joven se oponía siempre, diciéndole que en su estado de nulidad mental no podía comprenderla, y le rogaba dulcemente que le permitiese amarle, sin exigirle nada más.

Esta situación se hubiera prolongado indefinidamente á no haber recibido orden de salir de Burgos el regimiento de Gálvez. Desesperado éste y decidido á no partir sin Rosa, le propuso que huyera con él para unirse en la primera aldea; mas ésta se negó abiertamente, porque se horrorizaba á la sola idea de abandonar á su madre.

Ya hemos visto cómo, cediendo á los ruegos de Edmundo, consintió en que viese á su abuela, y el éxito funesto que obtuvo este paso.

XII

LA PARTIDA

La desesperación de Edmundo al alejarse de Rosa, creció de todo punto con la lectura de la carta en que le daba ésta su último adiós.

—¡Con que se inmola lo mismo que su madre! —exclamó.—¿Y podré yo consentir tan doloroso sacrificio? ¿Cumpliré así con el encargo solemne que me hizo Clementina? ¡Cómo obrar, Dios mío, cuando ella misma me rechaza y se despide de mí!

La aflicción más amarga laceraba el corazón de Edmundo; el deber y el honor le mandaban seguir sus banderas, dejando en Burgos toda su dicha del presente, todas sus esperanzas del porvenir. Amaba á Rosa con extremo; la amaba mucho más desde que sabía que era hija de Clementina, porque este vínculo la hacía aún más cara para él. La vida le era una carga odiosa lejos de Rosa, y sólo al pensar que se alejaba de ella para siempre, desgarrábase cruelmente su alma.

Al llegar á Madrid, se dirigió á la casa que fué